

UN TEATRO MUY PRINCIPAL

EDUARDO MERLO

Puebla fue durante la etapa virreinal la segunda ciudad de la Nueva España, su esplendor se ve reflejado todavía en lo exquisito de su arquitectura, en la finura de sus fachadas de azulejos, en la cantería maravillosa y en las herrerías que parecerían de encaje. La gran ciudad se ufanaba de sus bien fundados templos y de sus suntuosas mansiones, de la gran producción de obrajes y alfares y de la prosperidad de sus campos, sin embargo, tan nobilísima sede carecía de un lugar digno para representaciones teatrales,

por más que varios de sus vecinos, desde el siglo XVI, se habían esforzado por traer y conformar compañías que entretuvieran a los vecinos. Mientras poblaciones de menor rango disfrutaron de estos llamados “corrales de comedias”, la Angelópolis no podía presumir en ese sentido, por el contrario, algunos de sus alcaldes y no pocos preladados, se ufanaban de no haber permitido que las tablas de escándalo y pecado, mancharan lo levítico de la “ciudad angélica”.

La perseverancia de los “cómicos de la

SERGIO JAVIER GONZÁLEZ CARLOS



Auditorio del Teatro Principal de Puebla



Panorámica del Centro de la Ciudad de Puebla, México

legua”, como solía llamarse a los teatreros, dio frutos relativos cuando el excelentísimo señor virrey Marqués de Cerralvo, aficionado a las bellas artes, autorizó la construcción de un teatro, mediante decreto fechado el 17 de octubre de 1623. Era el famoso “Siglo de Oro” y el arte, especialmente escénico y literario campeaba por sus respetos. Sin embargo en Puebla las cosas no fueron tan bien, puesto que los distintos alcaldes fueron posponiendo la ejecución del decreto, ya alegando falta de recursos, ya pretextando epidemias, sequías y no pocas calamidades, lo cual en parte era cierto. Como entonces el tiempo contaba distinto que ahora, entre si son peras o manzanas, se pasó mucho más de un siglo sin que una ciudad tan grande tuviera su propio teatro, por el contrario, seguían improvisándose atrios, plazuelas, rincones y corrales, pues a pesar del desapego municipal, la actividad no decreció.

Llegó el venturoso año de 1742 y asumió el cargo de alcalde el distinguido –aquí nunca tan bien aplicado el adjetivo– señor coronel don Miguel Román de Castilla, funcionario emprendedor, quien sin mayores preámbulos, destinó los predios de unas casas viejas y abandonadas, en la plazuela del portalillo de San Francisco, para que en ellas se edificara el coliseo, como también se les decía a dichos inmuebles. Muchas eran las ganas del alcalde,

pero poco el presupuesto, de tal forma que solamente tuvo para echar cimientos y los arranques de los muros perimetrales, no obstante, la gente entusiasmada, ocupaba ya el interior, con todo y los montones de piedras, de arena y de cal en trozos, para llevar sus sillas y presenciar las comedias que se sucedían continuamente.

Así que un año después encontramos una solicitud al ayuntamiento que hace un tal Francisco Xavier de Salazar, quien, como se acostumbraba, se obliga, si se le adjudica la licencia: “... para que en tiempo de diez años ... me obligo a construir un Coliseo en toda forma a imitación del de

la Corte de México, a pagar a los farsantes y a dar cien y cincuenta pesos en cada año al Hospital de San Roque...”. Inclusive el señor Salazar prometía para el alcalde “un hueco”, es decir un palco en el teatro, etcétera. La solicitud fue bien recibida por las autoridades, quienes contestaron en una forma interesante, pues entre otras cosas decían: “Lo primero, mucho servicio a Dios Nuestro Señor, pues es cierto que esta nobilísima Ciudad, llena de copiosísimo pueblo... se deja ver que no teniendo diversión alguna, como no la hay, qué pecados hará la misma ociosidad cometer, los que se excusarán teniendo en qué poder divertirse; lo segundo, el que muchas familias honradas que, por no haber paraje decente en que vean comedias, padecen las melancolías que ocasiona un lugar como este sin diversión... Mayor es de parecer que se le admita a dicho Salazar la proposición que hace y en consecuencia se le conceda la licencia de dicho Coliseo para su fábrica...”.

Más tardó en recibir el permiso que en poner manos a la obra, así que empezó una febril actividad, que se combinaba curiosamente, pues se trabajaba de lunes a viernes y el sábado en la mañana se arribaban materiales y estorbos, para dar lugar a las comedias. Teatro y construcción fueron a la par, de tal modo que en poco tiempo los gruesos muros

en planta oval, fueron subiendo cada vez más, hasta concluir en rudimentarias almenas. Desde el principio se diseñó dejando espacios a base de arcos de la misma bóveda, los cuales quedaron perfectos como palcos, en tres niveles, con sus respectivos corredores de distribución y como se estilaba en los teatros de Europa, un amplio y doble vestíbulo, con una sala de descanso en la segunda planta.

Apenas si estaba medio terminada la obra negra cuando el señor Salazar vendió sus derechos y la inversión a Juan Ruiz de Ayala, quien era hombre piadoso y ciertamente ingenuo, pues intentó canalizar las ganancias, que no eran tantas, para la celebración de una festividad anual al “Divinísimo Corazón de Jesús, en que se le fue toda la energía, con lo que no se cumplió el compromiso de entrega al ayuntamiento, tomando a su cargo el cabildo la conclusión de la obra. La falta de dinero no arredró a los regidores, solicitando un préstamo a las monjas de Santa Clara, las que además de hacer los camotes y rompopé, eran propietarias de una buena cantidad de casas de arriendo en la ciudad. Las benditas religiosas aceptaron prestar diez mil pesos, con un rédito del cinco por ciento muy piadoso, con lo cual se logró añadir un piso más al Coliseo, quedando de cuatro niveles muy cómodos. El escenario fue del tamaño de una casa, pues el espacio para el telar y el foso del foro, tenían una altura considerable.

Se cubrió todo con una armadura de vigerías y sobre ella un tejado muy capaz, concluido en chapitel, del cual se sujetó una cubierta que hoy llamaríamos plafón. Dieciocho años habían transcurrido desde que se iniciaron los trabajos, hasta que el Coliseo estaba listo, o casi listo, pues para mejor adornarlo, se pidió al maestro pintor don Miguel Jerónimo de Zendejas, que ejecutara en la cubierta los retratos de los cuatro literatos, como se les decía a don Pedro Calderón de la Barca, Tirso de Molina, el desconocido Agustín de Moreto y el célebre don Juan Ruiz de Alarcón.

La fachada es muy sobria y elegante al mismo tiempo, ocupa todo el frente de la manzana y está dispuesta en dos niveles, separados por una cornisa de argamasa muy elaborada. Sobresale una portada central de amplio vano enmarcado por jambas de cantera almohadilladas, que son la base de un airoso balcón que se remata en un frontón semi roto, donde se labraron en cantera, al centro las armas del rey don Fernando VI y a ambos lados el escudo de la Puebla de los Angeles. Al centro una lápida con la siguiente inscripción, que para mejor entendimiento interpretamos: “Reinando Nuestro Católico Monarca de las Españas, el Señor don Fernando el VI, que Dios guarde, y en su nombre mandando este Reino el Excelentísimo Señor Marqués de las Amarillas, Virrey y Capitán General de él, siendo el primer Gobernador de esta Nobilísima Ciudad de lo político y militar, el Señor don Pedro Montesinos de Lara, Coronel de los Reales Ejércitos y Inspector de todas las milicias de este Obispado. Comisarios para esta obra, el Señor don Ignacio Vallarta y Villaseptiem, y el Señor don Joaquín de Burguinas, Regidores de esta Nobilísima Ciudad. Se acabó en el año de 1759. Para pública diversión este Coliseo”.

Las expectativas de los poblanos fueron rebasadas con un teatro amplísimo y muy cómodo,



Escudo de Fernando VI, alegorías a Puebla (laterales) y antigua inscripción



Fachada del Teatro Principal de Puebla, México

si bien en la sala principal es absolutamente sobrio, se engalana con los palcos que le dan en conjunto una vista excepcional, pues parecería parte de un panal.

El estreno oficial fue el domingo de Pascua de 1761, asistiendo el cabildo en pleno, junto con lo más granado de la sociedad y el público que alcanzó a abarrotar los palcos de los niveles altos. La primera obra se llamó: “Antes que todo es mi dama”, con los primeros actores: Juana Morales y Rodrigo Suárez, esposos. Afuera hubo vendimia y feria, juegos pirotécnicos y mucho entusiasmo. Todo resultó un éxito, salvo un incidente entre el primer actor y el regidor Pedro Montesinos, porque este último coqueteó con la actriz, lo que dio lugar a golpes; además el aceite de las lámparas se fue gastando, de tal forma que acabó la obra casi a oscuras, tema para que alguno escribiera este verso satírico, sobre todo porque Montesinos era bizco: “El estreno de corral/ de comedias fue famoso,/ más fue un hecho escandaloso/ que faltó luz al final,/ y es que esta ban, cosa clara,/ torcidas las candilejas,/ cual miradas desaparejas/ de Montesinos de Lara”.

El Coliseo de Comedias fue indispensable ya para la vida cultural de la ciudad, con los altibajos propios de este tipo de establecimientos, como serían censuras, prohibiciones, clausuras temporales, abandono, usos impropios como coso taurino y muchas otras calamidades; incluso incendios terribles. Pero siempre como el Ave Fénix, ha resurgido de sus cenizas.

Desde las leyes de Reforma en 1861, se le dio el nombre de Teatro Principal, que es el que perdura hasta nuestros días. (♣)

EDUARDO MERLO JUÁREZ

Director del Museo Virreinal de Arte Poblano. Arqueólogo, Maestro en Ciencias Antropológicas y Doctor en Arquitectura y Urbanismo. Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Centro INAH-Puebla). Ha sido catedrático en diversas instituciones de educación superior de México y el extranjero como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad de las Américas, University of Pennsylvania, University of Texas, Universidad de Cáceres y Universidad de León. Miembro del Consejo de la Crónica de la ciudad de Puebla, Cronista de la ciudad de Cholula. Autor de numerosas publicaciones, participa activamente en programas de radio y televisión, a nivel nacional e internacional.